

El buen ladrón.

Todos los Evangelios narran la crucifixión, y los ultrajes que Jesús recibió, pero sólo san Lucas narra lo sucedido con el llamado buen ladrón, un hombre condenado a muerte por haber hecho el mal, y que sin embargo fue capaz de reconocer el bien, más aún, supo reconocer en Jesús, golpeado, escupido, coronado de espinas, flagelado y crucificado a su lado, al Rey.

Se le conoce como buen ladrón no porque ser ladrón sea bueno, sino porque este ladrón al final mostró que tenía buen corazón y lo más importante: fe y valor para defender al Señor.

De los muchos pasajes en el Evangelio según san Lucas que muestran la infinita misericordia divina, éste se destaca por mostrar cómo en el último instante, y al final de los que muy posiblemente fue una vida alejada de Dios, este hombre recibió lo que muchos otros que han llevado una vida aparentemente santa no recibieron: la promesa de entrar ese mismo día al Cielo. ¿Por qué? Por salir en defensa de Jesús y por confiar en Él.

REVISIÓN DESGLOSADA DE Lc 23, 39-43;

23, 39 UNO DE LOS MALHECHORES COLGADOS LE INSULTABA: ¿NO ERES TÚ EL CRISTO? PUES ¡SÁLVATE A TI Y A NOSOTROS!

Uno de los malhechores colgados

«Ni en Su muerte quiso Jesús despegarse de la raza humana» (Martín Descalzo p. 1129)

REFLEXIONA:

Empezó Su ministerio entre pecadores, terminó Su vida entre malhechores. Eligió voluntariamente solidarizarse, no con lo mejor de la raza humana, sino con lo peor, con quien a los ojos del mundo no merecería el perdón de Dios.

le insultaba

Compartía la misma situación de Jesús, y en lugar de solidarizarse con Él, lo agredía.

Algunos comentaristas bíblicos dicen que san Lucas usó el término: «blasfemaba», para subrayar la divinidad de Jesús, pues un insulto puede ir dirigido a cualquier persona, animal o cosa, pero una blasfemia, sólo a Dios.

Como se comentó en la clase anterior, se cumplió lo anunciado en Is 53, 12;

¿No eres tú el Cristo?

Este hombre hizo alusión al título religioso: el Cristo, es decir, el Mesías, el Ungido, Aquel de quien el pueblo judío aguardaba su venida convencido de que vendría a salvarle de los romanos.

Pues ¡sálvate a ti y a nosotros!

Por tercera vez se menciona que Jesús salva (ver Lc 23, 35.37).

Le pidió a Jesús que se salvara a Sí mismo. No comprendía en qué consistía la salvación, pensaba que consistía en librarse de la cruz, cuando era justamente desde la cruz que Jesús trajo al mundo la salvación.

REFLEXIONA:

En el grito de este malhechor había mucho de burla, pero también una secreta esperanza. No tenía remedio y lo sabía, pero hubiera querido que no todo terminara así, y por eso intentaba provocar a Jesús, a ver si resultaba que sí era el Mesías y se salvaba y lo salvaba.

El hombre se debatía en la contradicción. Por una parte no creía y se burlaba. Tenía la típica actitud del ateo que ante el creyente que enfrenta en paz la tribulación le pregunta exasperado: «¿cómo puedes estar tan tranquilo?, ¿no ves qué mal está la situación?, a ver, ¿dónde está tu Dios para sacarte de ésta?»

Pero tenía también la actitud del que no quisiera aceptar que después de esta vida terrena no hay nada, que todo termina en un agujero en la tierra. Estaba a la mitad: no era realmente ateo ni realmente creyente. Su petición a Jesús, envuelta en burla, escondía una pequeñita esperanza.

REFLEXIONA:

Con mucha frecuencia nos sucede lo que sucedía a quienes tenían una idea ya formada acerca de lo que el Salvador prometido debía hacer por ellos. El pueblo esperaba que lo salvara de los romanos. El malhechor esperaba que lo salvara de la cruz. Nosotros tal vez esperamos que nos salve de cierto dolor, de cierto diagnóstico, de cierto sufrimiento, de una difícil situación que estamos viviendo. Y si no lo hace nos vemos tentados a cuestionarlo y ponerlo a prueba: «si eres el Salvador, sálvame de esto y creeré en Ti, si no, dejaré de creer.» Seguimos sin comprender que la salvación que Jesús nos ofrece no consiste en quitar todo lo que nos hace sufrir en este mundo, no es paliativa, no es un «mejoralito» un consuelo pasajero para el dolor. Lo que Jesús nos ofrece es ayudarnos a aprovechar todo lo que estamos viviendo, para poder encaminarnos hacia la verdadera salvación, la que nos libraré para siempre del mal y de la muerte.

23, 40 PERO EL OTRO LE RESPONDIÓ DICRIENDO: ¿ES QUE NO TEMES A DIOS, TÚ QUE SUFRES LA MISMA CONDENA?

Pero el otro le respondió

El malhechor que estaba crucificado del otro lado de la cruz de Jesús, salió en Su defensa ante los insultos que le hacía el otro malhechor.

¿Es que no temes a Dios,

El temor de Dios no es miedo a Dios, sino tal amor a Dios que hay temor de ofenderle.

Es uno de los dones del Espíritu Santo mencionados por el profeta Isaías (ver Is 11, 2).

En la Biblia quien no tiene temor de Dios es considerado necio, soberbio, que no tiene buen corazón (ver Lc 18, 2.4); en cambio se alaba a quien tiene temor de Dios (ver Sal 128, 1), se considera que sabe abrirse a la misericordia divina (ver Lc 1, 50).

tú que sufres la misma condena?»

El «buen» ladrón reclama al otro malhechor que no tenga ni siquiera un mínimo de solidaridad con Jesús, que está padeciendo lo mismo que él.

REFLEXIONA:

Cuando leía este versículo me llamó la atención que leído todo de corrido, parece que lo que dice sobre la misma condena se refiere a Dios: ¿no temes a Dios, tú que sufres la misma condena?»

Ninguno de los comentaristas bíblicos consultados menciona esto, así que aclaro que es una reflexión personal, pero que me resultó muy consoladora y por eso te la comparto. Es que encierra una gran verdad, como muchas otras frases que se han dicho durante la condena y crucifixión de Jesús. Me refiero a que Él, que no tenía ninguna necesidad de encarnarse para salvarnos y mucho menos de dar Su vida por nosotros pecadores, que no lo valoramos ni lo agradecemos, quiso hacerlo y aceptó la muerte más atroz.

Y como Jesús es verdadero Dios y verdadero Hombre, se puede afirmar que no sólo como Hombre, sino como Dios, sufrió nuestra misma condena, se solidarizó con nosotros hasta el extremo.

¿Qué implicaciones tiene esto? Viene a la mente la gente que contempla exasperada a alguien que sufre, y se pregunta con indignación: «¿dónde está Dios?, ¡¡¿dónde?!!» porque siente que Él no hace nada para salvar al sufriente.

Y la respuesta no es: «está allá arriba en el Cielo y ni se entera» o peor aún: «lo sabe y no le importa» No. La respuesta es: «sufre la misma condena»

A todo sufriente Jesús no le contempla ajeno o indiferente. Él se identifica con todos y cada uno de nosotros, y especialmente con los más pequeños, con los dolientes, con los sufrientes. Lo que sufre cualquier ser humano, lo sufre Él.

Así que cuando nos toque sufrir no nos sintamos solos, abandonados, sino recordemos que Jesús padece con nosotros. Y lo maravilloso es que no lo hace solamente como un gesto solidario, lo cual ya sería de agradecer, sino para unir nuestro sufrimiento al Suyo y darle un sentido redentor, y con ello un propósito: que pueda servir para nuestra santificación y la de otros.

23, 41 Y NOSOTROS CON RAZÓN, PORQUE NOS LO HEMOS MERECIDO CON NUESTROS HECHOS; EN CAMBIO, ÉSTE NADA MALO HA HECHO.ö

nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos

El «buen» ladrón reconoció su culpa y reconoció la inocencia de Jesús.

en cambio, éste nada malo ha hecho

Dos testigos bastaban en un juicio para determinar una sentencia. Aquí ya ha habido más de dos testigos. Hemos visto ya que tres testigos, de diversos estratos sociales, (un tetrarca, un procurador y un condenado a muerte) no han encontrado culpa alguna en Jesús.

REFLEXIONA:

Es posible que este hombre haya oído hablar de Jesús o incluso lo haya escuchado a Él, y por ello supiera que no era posible que Jesús hubiera sido culpable ni hubiera merecido ser crucificado.

REFLEXIONA:

El «buen» ladrón admitía su culpa, que es el primer paso en un proceso de conversión. No se justificó, no dijo que consideraba que su condena había sido injusta, sino que aceptó merecerla. Su actitud recuerda a la del publicano en el Templo, que se asumía pecador (ver Lc 18, 13). No se aferró a la actitud que seguramente había tenido toda su vida: prepotente, justificándose a sí mismo por hacer el mal, sino que simplemente reconoció haber hecho lo que ameritaba el castigo que hoy enfrentaba.

23, 42 Y DECÍA: «JESÚS, ACUÉRDATE DE MÍ CUANDO VEN GAS CON TU REINO.ö

Jesús, acuérdate de mí

La expresión «acuérdate» es muy empleada en la Biblia, sobre todo en el Antiguo Testamento, y también en Misa. No significa que Dios sea «desmemoriado» y haya que recordarle algún asunto que olvidó. Es una manera de hablar para pedirle al Señor que tenga presente personas o circunstancias que ponemos en Sus manos (ver Sal 25, 7; 106, 4; Lc 1, 54).

REFLEXIONA:

Este ladrón estaba cumpliendo sin saberlo lo que Jesús pidió en Lc 11, 9-10, y tal como prometió Jesús, recibiría respuesta.

cuando vengas

Este hombre supo reconocer que no todo terminaría con la muerte en cruz. Intuía que Jesús volvería, y daba por hecho que sería de una manera gloriosa.

con Tu Reino

«El mal ladrón interpela a Jesús como «Cristo» el «buen» ladrón le reconoce como «Rey» Son los dos títulos, religioso y político, en torno a los cuales ha girado todo el proceso de Jesús, ante los judíos primeramente y ante Pilato después.» (BdJ p. 1494).

Probablemente el malhechor leyó el letrero que estaba sobre la cruz de Cristo, que lo señalaba como ñrey de los judíosö. De ahí que le pidiera recordarlo en su Reino.

Es notable que en esa situación de aparente derrota total, este hombre tuviera la certeza de que Jesús no sólo volvería, sino que volvería triunfante, como Rey.

REFLEXIONA:

ñUn moribundo ve a Jesús moribundo y le pide la vida; un crucificado ve a Jesús crucificado y le habla de Su Reino, sus ojos no perciben sino cruces, pero su fe se representa un trono.ö (Martín Descalzo, p. 1133).

REFLEXIONA

Jesús tenía el rostro hinchado y amoratado por los golpes, el pelo revuelto, pegado por la sangre y el sudor, el cuerpo llagado, todo cubierto de sangre. Su aspecto coincidía con lo que anunció siglos antes el profeta Isaías:

ñNo tenía apariencia ni presencia: no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se aparta la mirada, despreciable, y no le tuvimos en cuenta.ö (Is 53, 2b-3)

Y sin embargo, el ñbuenøladrón logró ver más allá de lo aparente, logró descubrir en Jesús al Rey.

Y ¿nosotros?, ¿somos capaces de hacer lo mismo?

Cuando en la Iglesia celebramos en el último domingo del tiempo litúrgico la Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo, se proclama un Evangelio en el que Jesús se identifica con los hambrientos, sedientos, forasteros, desnudos, enfermos, encarcelados, es decir con los despreciados del mundo, los ñdescartadosø los ñinsignificantesø éstos a los que nos hemos acostumbrado a ver pedir limosna, lavar parabrisas, tragar fuego, vivir en alcantarillas, dormir en un parque, rumiar su soledad en la esquina de una calle o de un asilo. ¿Sabemos ver a al Rey en ellos?, ¿atenderlo en ellos?, ¿amarlo en ellos?, ¿o nos dejamos afectar porque están sucios, desgreñados, malolientes, y preferimos guardar nuestra distancia?

Oremos para que, como el ñbuenøladrón, sepamos ver a Jesús en todos, más allá de las apariencias.

REFLEXIONA:

San Marcos y san Mateo, en sus Evangelios dicen que ambos malhechores insultaban a Jesús, así que cabe pensar que al principio así fue, pero durante al menos tres horas en que estuvieron crucificados antes de que Jesús muriera, algo sucedió en el interior de uno de de los malhechores. ¿Qué pudo ser? Cabe especular que tal vez fue que lo impactó la actitud de Jesús, que padeciendo un sufrimiento peor que el de ellos, pues estaba flagelado y coronado de espinas, no lanzaba maldiciones ni insultos, al contrario, el poco aire que pudo jalar incorporándose sobre los clavos y lanzando la cabeza hacia atrás, provocándose así un dolor atroz pues se clavaba más las espinas de la corona que le cubría la cabeza, lo usó para pedir a Su Padre que perdonara a quienes lo crucificaron y hacia quienes se burlaban de Él (ver Lc 23, 34).

Tal vez nunca antes lo escuchó hablar, pero lo que lo oyó decir estando en la cruz bastó, porque le dio cátedra de amor y misericordia, tocó su corazón, lo movió a conversión.

Entre muchas reflexiones que podemos hacer sobre esto, podemos meditar sobre la importancia que nuestro testimonio cristiano puede tener en otros, tal vez en quien menos pensamos o esperamos.

Por ello en toda circunstancia de la vida, pero sobre todo en momentos de tensión, de crisis, de dificultades, hemos de pedir a Dios que nos ayude a no perder la paz ni la caridad hacia los demás, que sepamos amar y perdonar como Jesús, y que podamos mantenernos serenos y confiados poniéndolo todo en Sus manos. No sólo porque así es como hemos de reaccionar como creyentes que sabemos que en todo interviene el Señor para bien (ver Rom 8, 28), sino también porque no sabemos quién nos está observando y para esa persona puede ser que nosotros seamos los únicos católicos que conozca y nuestro testimonio pueda motivarle a acercarse a Dios.

REFLEXIONA:

Este buen ladrón marcó la pauta, nos dejó un ejemplo a seguir en nuestra vida espiritual, y desde luego no me refiero a imitarlo en robar, sino en hacer tres cosas que él hizo desde la cruz:

1. Reconocer su propia culpa. No intentó justificarse, pretender que era inocente. Simplemente admitió que se había merecido el castigo. Con frecuencia nosotros intentamos justificar nuestros pecados, dar miles de explicaciones acerca de por qué los cometimos y cómo no fue nuestra culpa sino de otros o de las circunstancias. Hemos de aprender de este ladrón a dejarnos de rollos y de pretextos y, cuando caemos, aceptarlo.

2. Reconoció la inocencia de Jesús, que no se merecía las acusaciones que le hacían. Hay quienes acusan a Dios de causar el mal en el mundo, o de que no escucha las oraciones (porque no las responde como esperan y al instante en que lo esperan), o de muchas otras cosas. No podemos juzgar Sus decisiones porque Su sabiduría es infinita y sobrepasa todo lo que nosotros podamos razonar o imaginar. Lo que nos toca es tener la inamovible certeza de que el Señor todo lo permite para bien, y aunque sea difícil aceptar algunas de Sus decisiones, podemos estar seguros de que las comprenderemos en la vida eterna y descubriremos (avergonzados por haber reclamado), que en realidad fueron para bien.

3. Le hizo una petición con humildad. Sabía no sólo que Jesús era Rey, lo cual era notable, pues como se ha mencionado aquí antes, Jesús no tenía en ese momento un aspecto atrayente. Pero no sólo eso, también intuía, o había escuchado, que Jesús volvería y establecería Su Reino. Y se atrevió a hacerle una petición: que se acordara de Él. Nada más. No le pidió riqueza, poder, prestigio. Solamente el pidió, humildemente, que se acordara de él.

En nuestras oraciones a veces echamos una retahíla de peticiones e incluso exigencias. Hemos de aprender a simplemente poner delante del Señor nuestras necesidades y encomendárselas confiadamente a Él.

Como pedía el padre Ruotoldo (amigo del padre Pío) en su famosa Novena del abandono en las manos de Dios, hay que decir simplemente: *«Jesús, me abandono en Ti. Ocúpate de todo.»*

Te recomiendo hacerla. La encuentras en este enlace: bit.ly/3yZkfmV.

REFLEXIONA:

Es significativo que en dos de las más famosas revelaciones privadas, la de Jesús a santa Margarita María Alacoque, y la de Jesús a santa Faustina Kowalska, Él les pidió lo mismo. A la primera la inspiró a decir: *«Sagrado Corazón de Jesús, en Ti confío»*, y a la segunda le pidió escribir esta inscripción en la imagen que lo representaba como Señor de la Misericordia: *«Jesús confío en Ti»*.

En ambos casos lo que Jesús pidió, porque es lo que espera de nosotros, es que confiemos en Él. A santa Faustina incluso le dijo que más que nuestro pecado, lo que más lo hería era que desconfiáramos de Su misericordia.

Y aquí tenemos el caso de un malhechor que a pesar del aspecto de Jesús y de que no parece que sea Rey pues no está en un trono sino en una cruz, confía en Él, se encomienda a Él. Es lo que sin duda conquistó a Jesús, que le hizo una promesa extraordinaria que no le había hecho a nadie más.

REFLEXIONA:

Hay gente que cuando le pasa algo malo dice *«Dios se acordó de mí»* como queriendo dar a entender que normalmente le pasaba desapercibida a Dios, pero para su mala suerte un día Él volteó a verla y se le ocurrió mandarle algo malo. Es una idea tan descabellada que parece increíble tener que refutarla, pero como algunas personas la creen, hay que hacerlo. Basta con tener presente lo que dice el Apóstol san Juan, que *«Dios es amor»* (1Jn 4,8), así que jamás odia ni desea hacerle mal a alguien.

Es una pena que por pensar que cuando Dios se acuerda de ellos les manda cosas malas, haya quien llegue a desear que *«no se acuerde de ellos!»* ¡Qué locura y tontería! Por tener un concepto completamente errado, llegan a desear que el Dios del amor y la misericordia los olvide! Además de que esperan un imposible, desean para sí mismos el mayor mal que puede haber: estar al margen de Dios, privarse de Su gracia.

REFLEXIONA:

õ...*Jesús, acuérdate de mí* Qué hermosa jaculatoria! Cada día, a lo largo de la jornada podemos pedir a Dios lo que necesitamos, resumiendo así nuestra oración, pidiendo que se acuerde de nosotros, según Su misericordia. Y, como el buen ladrón, pidámoslo al momento de nuestra muerte.ö (Pablo Gadenz, p. 383).

23, 43 JESÚS LE DIJO: ðYO TE ASEGURO, HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO.ö

Comentando este versículo decía Bossuet: õ...*Hoy* ¡qué prontitud!, *Conmigo* ¡qué compañía!, *en el Paraíso* ¡qué descanso!ö (Martín Descalzo p. 1134).

õEl Señor concede siempre más de lo que se le pide: el ladrón sólo pedía que se acordase de él; pero el Señor le dice: *En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso* La vida consiste en habitar con Jesucristo, y donde está Jesucristo allí está Su Reino.ö (san Ambrosio, exposición sobre Evangelio según Lucas).

Yo te aseguro

En el original: ðAmén, aménö (expresión con la que Jesús solía iniciar ciertas enseñanzas fundamentales, y que suele ser traducida como: ðen verdad, en verdad os digoö).

Con esta afirmación Jesús no dejó ninguna duda de que se cumpliría lo que prometía.

Hoy

Ambos morirían ese mismo día.

õLa salvación inicia con la muerte de Cristo.ö (ver Fitzmyer p. 1510).

REFLEXIONA:

Dios no deja para mañana lo que puede hacer hoy. Y tiene prisa por salvarnos. En el Evangelio se insiste mucho en el ðhoyö (ver Lc 2,11; 4,21; 19,9). También san Pablo habla del ðhoyö como tiempo de salvación (ver 2Cor 6,2).

Es que no tenemos más que el tiempo presente. El pasado ya pasó, y no sabemos si amaneceremos mañana.

Santa Teresita, descubrió lo que llamaba su *pequeño caminito* y que consistía en preguntarse: *¿qué quiere de mí el Señor ahorita, en esto que estoy haciendo?, ¿cómo quiere que lo haga?* Convertir lo cotidiano, lo rutinario, lo aparentemente simple, en espacio de encuentro con Dios. Vivir cada momento como si fuera el último.

estarás conmigo

El cuerpo del malhechor quedaría en la cruz, el de Jesús en el sepulcro, pero Jesús, siendo Dios, llevaría al Cielo el alma de este hombre.

El verdadero gozo consiste en estar con Jesús. Ver 1Tes 4, 17-18; Flp 1,23; 2Cor 5,8; Rom 6,8;

En el paraíso, al inicio de la Creación, el gozo del hombre era estar con Dios. El libro del Génesis dice que Dios *se paseaba por el jardín a la hora de la brisa*ö (Gen 3, 8). En lugares calurosos, como en Oriente, la gente suele encerrarse en su vivienda al mediodía, pero cuando empieza a caer el sol y el ambiente se refresca, sacan sillas a la puerta de sus casas y platican con sus vecinos, es el momento de la amistad. Esa mención del autor bíblico acerca de que Dios se paseaba por el jardín del Edén a la hora de la brisa, expresa la cercanía de Dios con el hombre. Eso se perdió cuando Adán y Eva cayeron en la tentación, pecaron y fueron expulsados del Paraíso (ver Gen 3, 1-24). Ahora Jesús restauró esa relación rota, le prometió al hombre nuevamente admitirlo al Paraíso para estar con Él.

en el Paraíso.

Esta palabra nos remite al jardín del Edén, al principio de la Creación (ver Gen 2,8).

•La palabra *paraíso* de origen persa, se encuentra en varios pasajes, tanto del AT (ver Cant 4, 13), como del Nuevo (ver 2Co 12,4; Ap 2,7). En boca de Jesús es un modo de expresarle al *buena* ladrón que le espera, a Su propio lado y de modo inmediato, la felicidad. (BdN p. 9594).

•Si el viejo Adán cerró a la humanidad las puertas de la felicidad y de la vida, simbolizadas en el jardín o Paraíso del que nos habla el Génesis (ver Gen 3, 23), hoy Jesús reabre el camino de la vida, porque Dios y hombre se han reconciliado en un mismo amor. En la cruz muere el pasado y se hace presente el futuro maravilloso hacia el que el hombre camina. (Benetti, pp. 344-345).

•Una espada llameante impedía la entrada al Paraíso. Nadie había podido entrar desde que la puerta se cerró. El *buena* ladrón fue el primero en entrar, con Cristo. Su gran fe recibió la mayor de las recompensas.

Su fe en el Reino no dependió de ver a Cristo radiante en Su gloria o mirándolo desde el Cielo. No vio a los ángeles sirviéndole...Lo vio en una cruz, coronado de espinas, lo oyó clamar al Padre.

La cruz de Cristo es la llave al Paraíso. La cruz de Cristo lo abrió...No hay distancia entre la cruz y el Paraíso. El mayor de los dolores obtiene la mayor de las recompensas. (san Jerónimo).

REFLEXIONA:

•La esperanza puebla de claridades la noche del dolor (Martín Descalzo p. 1134)

El cristiano no es un masoquista que goza o busca el sufrimiento, éste es inevitable. La diferencia es que cuando el creyente sufre, sufre con esperanza, sabe que hay una luz al final del túnel...

REFLEXIONA:

Esta promesa de Jesús provoca reacciones opuestas.

A quien se reconoce pecador, le conmueve profundamente saber que a pesar de sus propios pecados, tiene esperanza de poder salvarse si se arrepiente y se acoge al amor tierno y misericordioso del Señor, que quiere que todos se salven.

A quien se cree justo y santo, le indigna pensar que a diferencia suya, que según él se ha ganado a pulso la santidad y su lugar reservado en el Cielo porque es muy bueno y cumplidor, alguien que ha llevado una vida de pecado, sólo porque se arrepiente a última hora, ¡sea salvado! No les parece justo. Son los *dignos* a los que les molesta compartir la salvación con los *indignos* Y no se dan cuenta de que con esa actitud ponen en riesgo su propia salvación, porque faltan gravemente a la caridad.

REFLEXIONA:

Hay quien se asombra de que por una frase que dijo a última hora, este hombre se haya ganado el Cielo. No fue tan simple. Por una parte, aunque estaba padeciendo un tormento espantoso, no se ocupó sólo de sí mismo, de lo que sufría, fue capaz de pensar en alguien más, fue capaz de salir en defensa de Jesús. Eso no podía dejar ese hecho sin recompensa (ver Lc 12, 8-9). Por otra parte, mostró que hubo en su alma una conversión: reconoció su culpa, y por encima de las apariencias, logró reconocer en Jesús al Rey y encomendarse a Él.

REFLEXIONA:

El Señor no se resigna a perder a nadie, y da a todos oportunidad de salvarse. Pero cuidado con decir: *ah bueno, puedo llevar una vida disoluta y en el último momentito le hago como el buena* ladrón, le pido que se acuerde de mí y ya la hice, ¡me llevará al Cielo!

Pensar así es muy arriesgado, porque a quien vive sin Dios, puede llegarle el momento de morir sin haberse arrepentido, y entonces pasará la eternidad como vivió.

REFLEXIONA:

El sufrimiento puede llevar a la gente a extremos opuestos: puede acercar a alguien a Dios o puede alejarlo. Decía san Agustín que aquí se ven tres cruces idénticas, pero colgados en ellas hay tres hombres distintos: uno que da la salvación, otro que la acepta y otro que la desprecia. (ver Martín Descalzo p. 1130). Como lo anunció el anciano Simeón, Jesús es signo de contradicción (ver Lc 2,34).

REFLEXIONA:

•Ambos malhechores se encontraban en la misma situación. Uno se endurece, se desespera y blasfema, mientras el otro se arrepiente, acude a Cristo en oración confiada, y obtiene la promesa de su inmediata salvación.ö (BdN, p. 9593)

REFLEXIONA:

•La más honda misericordia divina se revela en la cruzö (Stöger II p. 300).

REFLEXIONA:

•Entre los hombres, a la confesión sigue el castigo; ante Dios, en cambio, a la confesión sigue la salvación.ö (san Juan Crisóstomo, de cruce et latrone).

REFLEXIONA:

Relee el texto. Hazlo con Lectio Divina, método antiquísimo que propone la Iglesia para abordar la Sagrada Escritura (lectio leer despacio el texto bíblico; meditatio meditarlo, reflexionarlo; oratio dialogar con el Señor sobre lo leído y meditado, y actio aterrizarlo en algún propósito concreto). En este caso, de los relatos de la Pasión, te recomiendo reflexionarlos desde dos ángulos: uno, que te lleve a reconocer cuánto te ama el Señor, que pasó por todo esto por ti. Y otro que te mueva a cuestionarte con qué actitudes de los demás personajes te identificas y por qué, y dialogar con el Señor al respecto.